

peranza en esa Providencia que cuida de las aves de la floresta y de los lirios del campo.

¡Quiera el cielo que no salgan fallidas mis esperanzas! ¡Quiera el gran Patriarca de los monjes de Occidente, cuyos loores me ha sido dado pronunciar en medio de este ilustre auditorio, cubrir con su manto á sus hijos en toda la superficie de la tierra! Haga su poderosa intercesión que, calmándose al fin las embravecidas olas y furibundos huracanes, bogue tranquilamente y llegue al anhelado puerto su barquilla, sobre la cual invoco las bendiciones más escogidas.



ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, DE MÉJICO,
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE PARA HONRAR LA MEMORIA
DE LOS SUMOS PONTÍFICES QUE FAVORECIERON EL CULTO
DE MARÍA DE GUADALUPE, SE CELEBRARON
EL 1.º DE JUNIO DE 1904.



In omni ore quasi indulcabitur eius memoria et ut musica in convivio vini.

Natus est homo princeps fratrum, firmamentum gentis, stabilimentum populi.

·ECCLE. XLIX, 2, 17. ·

En toda boca será dulce su memoria como la miel, y como la música en suntuoso banquete.

Nació para ser el príncipe de sus hermanos, baluarte de la nación, firme apoyo del pueblo.

ESTA es la vez primera que subo al púlpito sin conocer á punto fijo la misión que se me ha encomendado. La libertad absoluta en que me deja la invitación del señor Arzobispo de Méjico, y el plan tan vasto que me traza el programa impreso, obstruyen mi camino por su misma extensión y detienen mi paso por lo indefinido de sus metas. Se celebran solemnes funerales por todos los Sumos Pontífices que han favorecido el culto de María bajo la advocación de Guadalupe; y si á todos debiera elogiar, se convertiría mi oración en un curso de historia eclesiástica, que tendría que abrazar nada menos que trece siglos y ciento noventa y cuatro Pontificados.

San Gregorio Magno, cuyo décimotercer centenario celebrábamos hace poco, regaló á S. Leandro de Sevilla, la milagrosa imagen, á que seis siglos después se añadió el nombre de Guadalupe. Desde entonces, este título ha resonado tan dulcemente en todos los oídos, y ha ejercido tal fascinación sobre los Prelados y Príncipes de la Iglesia, que no sólo se ha dado á la que se venera en el célebre monasterio de Extremadura, sino á la famosa de Bolivia, y á la divina efigie que guarda Méjico como su más rico tesoro. Se han olvidado el origen arábigo del nombre, y la idea de la servidumbre musulímica que entraña, para recordar tan sólo la reconquista de la Península Ibérica y la conversión de entrambas Américas, en que tanta parte tomó en el cielo y en la tierra la Virgen de Guadalupe. Dondequiera se le han levantado altares, ermitas, santuarios, templos, Basílicas, y raro es el Pontífice que no haya favorecido su culto con más ó menos fervor y munificencia.

Sería preciso, pues, tejer el elogio de más de la mitad de los Papas que han reinado desde San Pedro; pero ni á mí me bastaría el aliento, ni á vosotrós la paciencia, para semejante tarea. Tendré que limitarme, por tanto, á hablar de aquellos cuyos augustos ojos se han fijado de una manera especial en nuestra imagen y en nuestro Santuario, empezando con Benedicto XIV, y deteniéndome en el inmortal Pío IX, que definió la Concepción Inmaculada de nuestra augusta Reina, antes de llegar al que hace un año todavía derramaba so-

bre nosotros sus bendiciones. Estoy cierto que al adoptar este plan, cuento con vuestras simpatías; pero no estoy seguro de que aprobéis mi método de desenvolverlo. No faltará quien se figure que el elogio de los Pontífices que favorecieron el culto de María de Guadalupe, debe limitarse á la enumeración de los actos oficiales ó privados que á este fin se hayan encaminado. Si así fuera, fácil sería mi empresa; pues me bastaría repetir, en forma abreviada, lo que os han dicho este mes uno tras otro los insignes oradores que me han precedido en la cátedra sagrada. No es ésta, empero, mi misión ni mi tema. Mi objeto, y mi deber, es presentar á los insignes pregoneros de las glorias de María como Pontífices no menos insignes, y haceros ver que los defensores de la Madre de Jesucristo, lo fueron igualmente de su Esposa la Iglesia. Para ello tendré que bosquejar sus reinados, poniendo de relieve los puntos más culminantes; y por rápida que sea mi narración, demanda tiempo al orador y exige paciencia en los oyentes. La sostenida atención que hace veintiséis años prestasteis durante dos horas al joven Prelado, que lleno de entusiasmo y con frescos laureles os habló de los literatos difuntos de Méjico y España, ¿se negará hoy por algunos minutos al veterano de la Iglesia y las letras que viene á entonar á los pies de la Virgen de Guadalupe el canto del cisne? No lo temo de vuestra benevolencia y cortesía.

I

Condenan los autores místicos el prurito de comparar santos con santos; y el reciente Concilio Plenario de la América Latina prohíbe terminantemente hacer comparaciones entre Papas y Papas. Pero á pesar de la veneración que me inspiran varones tan piadosos como Kempis, y aunque yo mismo firmé el Decreto á que aludo, tengo que confesar que su observancia es poco menos que imposible, y que voy á faltar en mi discurso, si no á su espíritu, de seguro á su letra.

Hay, en efecto, Pontífices cuya memoria se desvanece al terminar sus exequias. De otros, sólo conservan los nombres los hagiógrafos, ó los sabios, ó los eruditos. Muy pocos han merecido el sobrenombre de grandes, y más escasos todavía son aquellos cuya fama ha sido universal y se ha conservado después de muchos siglos. A este selecto número pertenece el décimocuarto Benedicto, cuyo nombre endulza positivamente nuestros labios, y cuyo recuerdo nos alegra y nos vivifica, como la música que resuena en lauto festín. *In omni ore quasi indulcabitur eius memoria, et ut musica in convivio vini.*

Su historia es conocida en el antiguo y en el nuevo Continente, y después de siglo y medio, leen sus obras con igual delicia, jurisperitos y teólogos, sacerdotes y legos, profesores y estudiantes; y lo que es más extraño, se conserva fresca su memoria en el pueblo Romano, que repite hasta la fecha los chistes y retruécanos que lo deleitaban, y le atribuye todas las anécdotas picantes, todos los rasgos de agudeza que pueden realzarlo, ni más ni menos que lo que acostumbramos nosotros con nuestro inolvidable Virrey Revillagigedo.

Nació Próspero Lambertini en la docta Bolonia á fines del siglo XVII, y subió al Supremo Pontificado sesenta y cinco años después. Largo y completo fué su aprendizaje. Sus estudios clásicos, filosóficos, teológicos y legales, fueron profundos, y siendo mero colegial, fué declarado prodigio de talento. Muy joven fué abogado consistorial, Prelado doméstico, canónigo de San Pedro, Promotor de la Fe, consultor de varias Congregaciones, y por último, Secretario de la del Concilio. Y á pesar de tantas ocupaciones, brillaba en el mundo, al grado que el célebre Padre Monfaucon, de la comunidad Benedictina de San Mauro, decía que tenía dos almas, una para la ciencia y otra para la sociedad; y el mismo Lambertini escribía más tarde de sí propio: «Parece que creen que tengo tres cabezas: tanto es lo que me recargan de quehacer.» Nombrado Obispo de Ancona en 1727, y Cardenal el año siguiente, fué después Arzobispo de su ciudad natal,

de donde ascendió á la cumbre del Supremo Pontificado, lleno de ciencia, con experiencia cual ninguno, y con un bagaje de muchos volúmenes in folio, ó ya publicados, ó en vísperas de salir de los tórculos.

Y sin embargo, ¿lo creeréis? no fué ni su ciencia, ni sus letras, ni sus virtudes episcopales, ni su práctica forense, ni su celo por la pureza litúrgica, lo que hizo avanzar á Próspero Lambertini tan rápidamente en su gloriosa carrera. La debió á sus proverbiales bromas y agudísimos chistes. Uno, tan familiar, que no puede repetirse en el púlpito, movió á Benedicto XIII á crearlo Cardenal á los pocos meses de haberlo nombrado Obispo. Otro hizo que después de sesenta días de azaroso Cónclave, se fijaran los Purpurados electores en el Arzobispo de Bolonia, y tomando á lo serio su broma, lo eligieran Papa el 17 de Agosto de 1740. La gratitud hacia los que nos han elevado, es ingénita en todo corazón bien formado: criatura de Benedicto XIII, tomó el Cardenal Lambertini el nombre de Benedicto XIV.

Dado el carácter jocoso de este Pontífice, y en vista de las anécdotas indiscutiblemente auténticas que de él se refieren, no hay dificultad para que prestemos entero crédito á lo que se narra de su entrevista con el P. Francisco López. Parece ver al insigne Papa, con sonrisa entre burlona y devota, interrogar minuciosamente al misionero sobre las maravillas de Guadalupe. ¿Qué le parecerían los toscos grabados y la imperfecta estampa de Méjico, cotejados con la bellísi-

ma segunda edición de la *Obra de Beatorum Canonizatione*, salida hacía seis años de las prensas de los hermanos Pagliarini, cuyas ricas láminas y limpio tipo excitan todavía nuestra admiración? Pero sobre todo, ¿qué gesto no pondría el antiguo Promotor de la Fe, acostumbrado como buen *Abogado del Diablo* (según se le designa vulgarmente) á oponerse á la canonización de los santos más grandes y á buscar argumentos contra todas las revelaciones, visiones, apariciones y virtudes de los siervos de Dios, al leer y escuchar la historia de Juan Diego, comentada por el entusiasta Jesuíta? Con razón exclamó: «¿Qué son ante los prodigios que me contáis de la Nueva España, los portentos de la antigua Roma? Más santa es la tierra que habéis hollado, Padre mío, que aquella que Moisés no pisó sino descalzándose. *Non fecit taliter omni nationi*. Dejadme vuestras sandalias y su sagrado polvo como reliquia.»

Pero también se me figura verlo después de la audiencia, convirtiendo las bromas en veras, según su invariable costumbre, sentarse á su escritorio y trazar con su propia pluma, al pie de la imagen Guadalupe, el verso del salmo 147, que acababa de pronunciar en el tono característico, que le atribuyen los Romanos, tan hábiles para remedar á los personajes más serios. Se me figura verlo, ya añadiendo palabras, ya borrando renglones, ya rasgando el papel al descubrir alguna falsa concordancia ó frase poco latina, ya lanzando alguna de sus favoritas interjecciones ó prorum-

piendo en una carcajada al observar el escaso instinto litúrgico de los que viven lejos de Roma, hasta dejar la redacción del Oficio de María de Guadalupe, y del Decreto nombrándola, con autoridad apostólica, Patrona de Méjico, tal como la conocemos.

Fué de veras providencial que esta difícil tarea tocara á Benedicto XIV. Otro Papa habría puesto el asunto en manos secundarias; y las generaciones venideras, aunque acatando las decisiones del Supremo Jeraarca, habrían podido desconfiar de la pericia de consultores y minutantes. ¿Pero dónde está el temerario que ose poner en duda la competencia, como doctor privado, de Próspero Lambertini?

Siendo todavía Promotor de la Fe, tuvo una acalorada disputa con dos personajes ingleses que acusaban á la Curia Romana de ligereza en la canonización de los santos. El Prelado les explicó los procedimientos, puso en sus manos procesos é interrogatorios, y en especial les hizo repasar ciertos documentos recientes. Quedaron convencidos de haber errado en sus juicios; y cuando ya habían escrito á Inglaterra rectificando sus aserciones, los asombró todavía más, advirtiéndoles que la Congregación de Ritos había desechado por insuficiente lo que á ellos tan completo parecía. Después de este incidente, fué cuando se resolvió á escribir la Obra eruditísima de *Beatorum Canonizatione*, que todavía sirve de norma en Roma y fuera de ella para los procesos de los siervos de Dios.

Tal era el hombre destinado por la Providencia para examinar como Pontífice infalible y como Doctor privado los documentos del misionero de Méjico. Puesto que en sus propios escritos podemos estudiarlo, veamos las normas por él mismo trazadas para semejantes investigaciones, y que de seguro le sirvieron de guía en el caso presente. Hay un capítulo en el libro III de la obra citada, que trata exclusivamente de *discernendis visionibus et apparitionibus*. Con la impertérrita franqueza que siempre lo distinguió, nos enseña, ya sacándolo de su propio numen, ya citando á diversos autores, como el Cardenal Bona, Bartolomé de Medina, Tanner, del Río y otros muchos, que en los que se dicen agraciados por apariciones hay que mirar bien al temperamento del cuerpo, á la salud, á las aficiones, á la edad, al sexo. Las mujeres, vehementes en sus afectos, sujetas á padecimientos nerviosos, fácilmente creen que ven lo que desean. Santa Mónica, nada menos, en su ardiente anhelo porque su hijo saliera del cieno de la culpa, se figuraba ver lo que no eran sino vanos fantasmas, *videbat quaedam vana et phantastica*, como nos cuenta el mismo San Agustín. La señal más inequívoca para discernir si una visión es de Dios, estriba, según la áurea doctrina de Gersón, en la humildad, que ha de preceder, acompañar y seguir la aparición..... Como no puede haber más prueba de una aparición que el dicho del interesado, importa investigar bien su probidad y asegurarse de la excelencia de sus vir-